

PRÓLOGO

Regresó la pesadilla.

La ola, una pared de agua monstruosa que arrasaba la paz de mi descanso y lo dejaba tan vacío como mis días. Su sonido era pavoroso y aún se oía en mi cabeza cuando despertaba empapado en mi lecho de plumas.

Aunque me tapaba los oídos, era una señal cuyo significado ignoraba todavía. Un inicio, una llamada a la que no me podía resistir.

I

DONDE TODO EMPIEZA

Lo primero que hice fue abrir de par en par las contraventanas de mi dormitorio y asomarme a la inmensidad del océano, que desde niño me había atraído de un modo inexplicable. La brisa de sal en mi cara, la bruma de las primeras horas adosada a la costa, las líneas plácidas que dibujaba el oleaje. Todo calmaba mi espíritu y me llenaba de energía para afrontar otro día de trabajo.

Bajé al comedor. Tras el desayuno, que el servicio ya había dispuesto sobre la gran mesa de ébano, salí a las cuadras. El mozo tenía ensillado mi zaino y, una vez en el camino de piedra, dejé que los cascotes del animal anunciaran mi presencia. Los caminantes se apartaban con respeto, pues yo era el Censor y estaba particularmente orgulloso de ello. Vivía envanecido por mi posición, aun sabiendo que Glastonbide no era más que un pueblo venido a más por el nuevo puerto.

Al entrar en el casco urbano, giraba en la plaza hacia la Avenida, arteria principal de Glastonbide, jalonada de casas de dos plantas con fachadas de ladrillo y vigas de madera. Una serie de miradas temerosas me recibió a mi llegada al tribunal. Nadie escapaba a mi jurisdicción: nobles o villanos, todos debían acatar la Regla. No había excepciones para un cumplimiento adecuado a la Moral. Mi vida transcurría en un equilibrio perfecto, una armonía universal que no deseaba cambiar por nada de este mundo.

El establecimiento destinado a caballerizas se hallaba en la parte trasera del enorme edificio de cuatro pisos. Tras dejar caer un «buenos días» indiferente, me encaminé hacia la puerta trasera de acceso al Tribunal, donde siempre había un fornido alguacil de guardia. Por la puerta principal entraban los citados a declarar así como el público, ávido de habladurías y comadreo.

La sesión iba a ser tranquila. El orden del día tenía como único señalamiento un interrogatorio sobre adulterio tras el cual daría por finalizada mi labor a favor del poder civil en caso de hallar indicios de inmoralidad. Los censores nunca nos inmiscuíamos en algo tan mundano como el castigo.

Después de revisar el papeleo rutinario, me senté en la Sala de Audiencias escoltado por el secretario, que se dirigió a la puerta principal para dar la voz de «Audiencia Pública» y apartarse para dejar paso a la concurrencia. Yo fingía remover los legajos del expediente pero en realidad miraba por encima de ellos para comprobar en sus caras la morbosidad que tanto atraía al gentío. No había ciudadano ocioso a esas horas que se perdiera una sesión.

A pesar de que la sala estaba completa, dejé deliberadamente que transcurrieran unos minutos para que creciera la tensión. Cuando la impaciencia me alcanzó a mí también, volví a colocar los papeles sobre la mesa con meticulosidad, levanté la vista e hice una muda señal al secretario. El estirado Zebediah se puso en pie con parsimonia mientras se atusaba las solapas de su gastada levita. Dediqué una ojeada distraída a la acusada que se sentaba en el estrado. El secretario se ajustó el monóculo y se aclaró la garganta para hacer el anuncio:

—Se inicia la sesión. Preside la misma el honorable Censor de Glastonbide. En este día del mes de Novario, a consecuencia de una denuncia anónima, se acusa a esta mujer de mantener relaciones extraconyugales con un vecino de la villa.

La interpelada se puso en pie. Nos desafió con una suave elevación de barbilla y escarcha en los ojos. Tuve una fugaz e incomprensible visión de... ¿árboles? Carraspeé para centrarme en las preguntas que el secretario comenzaba a desgranar de entre las que yo había dejado preparadas.

—Nombre y domicilio, para que conste.

—Avaniera, Avaniera Mensura. Tercera casa de la calle Provecho —más que responder, escupía las palabras con un acento que nunca había escuchado, arrastrando las *eses* como si tuviera problemas para pronunciarlas.

—Diga si es cierto que en la noche de autos fue vista cuando salía de la casa de...

—Eso debería ser contestado por quien haya hecho la denuncia —interrumpió sin recato la mujer.

Aquello ganaba en interés por momentos, lo normal era que los investigados llegaran ya derrumbados y colaboraran con la Moral para que yo recomendase una reducción de castigo.

El bueno de Zebediah se encontraba en un brete. Me miraba con desamparo en busca de una indicación. Lo conocía bien. El ardor de estómago empezaba a hacer mella en su entereza. Asentí despacio invitándole a continuar. No deseaba intervenir tan pronto, prefería una emboscada en el momento propicio.

—Limítese a contestar la pregunta. Diga si es cierto que en la noche...

—No.

Ella seguía impertérrita.

—¿No es cierto o no va a contestar? —el secretario estaba perdiendo los papeles, el brillo húmedo del vello de su labio superior delataba un nerviosismo creciente.

—Elige tú la respuesta. O él —y me señaló a mí.

Ahora era mi boca la que temblaba. No recordaba sentir una ira tan poderosa desde que discutí con mi padre acerca de mi futuro. Descargué mi furor y los malos recuerdos golpeando el mazo contra la mesa, pero erré el tiro. Una sonrisa de triunfo se abrió paso en su rostro. Era preciosa.

¿Estaba perdiendo la cordura? Tenía que retomar las riendas de la situación o mi profesionalidad quedaría en entredicho. No, no tan cerca del ansiado ascenso. Ella, como buena depredadora, no soltó la presa; al contrario, apretó los dientes para afianzarla.

—Señoría, conciudadanos: me acojo a la Enmienda del Capitular decimonoveno.

Aquello era demasiado. Sacar a colación una norma tan concreta y antigua como esa no podía ser fruto del conocimiento de una simple ama de casa. Seguro que alguien había organizado todo esto, tal vez mis adversarios en la curia. Debía llegar al fondo del asunto. La sala se había convertido en un gallinero indignado. El creciente murmullo de voces se vio amortiguado por un rumor de olas dentro de mi cabeza. Era un sonido como el de mis sueños, que me llenaba de confusión y no dejaba que me concentrara.

—Secretario, despeje la sala con el alguacil y después, conduzcan a la acusada a mi despacho —ordené con los restos de autoridad que pude reunir. Necesitaba unos momentos a solas y no se me ocurrió nada mejor.

Las descomunales espaldas del guardia apaciguaron

las protestas. Aquellos pueblerinos ignorantes se atrevían a cuestionarme, pero ya me ocuparía de ellos más adelante. Ahora mi prioridad era otra.

Me levanté y caminé todo lo erguido que pude hasta mi despacho. No tenía mucho tiempo para recomponerme y lamer mi orgullo herido. Sin pretenderlo, había tolerado que aquella mujer tomara el control y me desviara del objetivo con su mata de pelo rojo.

El sonido de unos pasos aproximándose me obligó a reaccionar. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dije con voz firme a pesar de que seguía oyendo el sonido del océano en mi cabeza—. Déjenos solos, alguacil.

El hombretón así lo hizo. Apenas una leve sacudida en una de sus cejas traicionó su actitud leal. Si mis subordinados empezaran a dudar, sería el principio de mi destierro.

—Toma asiento, Avaniera.

Un comienzo suave para después atraparla con furia. Volvía a ser yo mismo en la comodidad de un procedimiento tantas veces ejecutado.

—Gracias, Censor. Lamento el revuelo, mas era necesario —repuso con desfachatez.

—Yo decido qué es necesario en mi tribunal, no pierdas eso de vista. Y ahora —esta vez interrumpí yo la respuesta para ganar terreno—, vas a explicarme de dónde ha salido esa estupidez del Capitular decimonoveno.

Rostro impassible. Se había quedado sin habla. Tal y como pensaba, aquello era una pantomima. Le tocaba soltar todos los detalles, de plano, sin más tonterías.

Una sensación extraña se apoderó de mí, como si unos dedos hurgaran en rincones ignotos de mi cabeza. La sangre a latidos decrecientes, perdido todo control.

La mujer se había colocado a mi lado, de pie, sin que yo la hubiera visto moverse siquiera. Permanecía inmóvil, con las manos caídas junto a sus caderas. Sin embargo, tenía la total certeza de que eran las que horadaban mi cerebro. Su aliento olía a tierra húmeda, a bosque profundo y a la sabiduría de la naturaleza. Podía sentir la vida que palpitaba en todo su delicioso cuerpo estableciendo una especie de conexión.

Traté de rebelarme y la mujer dio un paso atrás ante mi respuesta inconsciente, aunque no cejó en su empeño. Me llenaba su urgencia, nuestras voluntades encontradas, su sorpresa y mi enojo.

Su confusión era mi asidero, no deseaba que ella encontrara un punto en mi mente al que aferrarse. Este discernimiento me llegaba desde alguna parte pretérita de mi percepción, me indicaba el motivo de mis temores. Si yo fallaba, caería en sus manos y ella podría obligarme a hacer cualquier cosa.

—Nadie se había resistido tanto. Tienes algo, Censor, algo que todavía no he determinado y que necesito investigar —hablaba para sí, y se mordía el labio inferior—. Ahora que estás bajo mi control, no voy a desprenderme de ti tan pronto, aún no he acabado contigo. Quiero saber quién o qué eres, pero antes he de salir de este villorrio atrasado. Y serás tú quién me saque del atolladero.

No podía apartar la vista de su cara. Toda mi resistencia se vino abajo, desmoronada como una pared ruinoso. La voz interior, mi personalidad entera, se hallaba maniatada con lazos invisibles y de cuyas riendas tiraba, sin duda alguna, aquella misteriosa mujer. Todo el racionalismo inculcado por mi padre se dio de bruces contra un muro sólido como mis antiguas certezas, un

poder que carecía de cualquier explicación, pero no por ello menos incontestable. Abrí la boca para oponerme, para ordenar al alguacil que la expulsara de mi despacho y la encerrara en la mazmorra más profunda del Consistorio. Avaniera se limitó a cruzar un dedo de comisura a comisura de su boca burlona dejando mis protestas selladas. No necesitó más para silenciarme.

—Empieza a ser consciente de ello, Censor. Eres mío, hasta que decida librarme de ti ordenando que te tires por un acantilado o, menos probable, te libere para que vuelvas a tu patética vida... si puedes.

Sólo entonces, después de martillar mi orgullo con su desprecio, me dio libertad para hablar en los términos que ella disponía.

Se reanudó la vista y yo seguía conmocionado, ausente. Me forcé a prestar atención a un procedimiento baldío y carente de significado. Abandonada por fuerza toda prudencia, confiado en exceso en mis atribuciones, adopté una decisión inusual: dado que no podía dejarla sin más en libertad, suspendí la causa. Me retorció dentro de la toga como si estuviera llena de escarabajos. No había precedentes, bien lo sabía, pero ya estaba hecho. Firmé el acta con mi elaborada rúbrica.

El rumor del mar cesó en mi cabeza de forma tan repentina como había comenzado.

Me quedé mano sobre mano el resto de la mañana. El personal no sabía a qué atenerse después de que llamaran a la puerta repetidas veces sin obtener respuesta. Unas cuerdas invisibles tiraban de mis pensamientos en una dirección determinada. Disponía de albedrío en cuestiones nimias como qué o cuándo comer. En cambio, si pensaba en cómo anular la suspensión extraordinaria que había firmado, era incapaz de reaccionar o tomar una

decisión. El omnipotente Censor convertido en un juguete.

La facilidad con la que me había rendido era frustrante. A la puesta del sol, tras pedir mi montura, regresé a casa.

Al despertar al día siguiente, la realidad me golpeó de pronto, despejando mi sopor por completo. No había sido una pesadilla como la de la ola gigante. Continuaba inmerso en una trama impuesta por aquella mujer que me tenía bajo su incomprensible influjo. La marioneta que era yo se levantó de la cama y fue a lavarse, incapaz de completar la argumentación.

Nunca me había sentido a merced de nadie, si exceptuaba a mi padre. Creía haber dejado atrás ese sentimiento y, sin embargo, ahora me sacudía sin piedad.

Lo ocurrido no pasaría inadvertido ante mis rivales que exigirían explicaciones y, aún peor, mi cabeza. Jamás permitirían que liberase a la mujer, pero yo tenía que seguir adelante por mucho que mi razón, encerrada tras unos barrotes invisibles, se revelara.

Tenía que rescatarla, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo, ni cuándo.

II

ESTOCADA Y FUGA

Me concentré en la rutina de lo cotidiano, pues era lo único que todavía estaba bajo mi control. Hábitos sosegados en apariencia, aunque mi zozobra no pasó inadvertida a la servidumbre que no cesaba en sus cuchicheos y miradas cómplices. La culpa era de esa maldita Avaniera, que me impulsaba a liberarla a pesar de las implicaciones potenciales, a pesar de saber que estaba poniendo mi cabeza en el cadalso. Me asomaba de forma inevitable a un precipicio desde donde la caída era mortal. Nada recomendable.

Al llegar a la ciudad, creí ver una muda acusación en las miradas de aquellos que se cruzaban conmigo en la Avenida. Aún no sabía bien qué haría. Debería retroceder, volver a mi despacho, destruir los documentos. Deseaba deshacer el camino, enviar a esa mujer al castigo más horrible que dispusiera el Códice. Sin embargo, no fui capaz. Me limitaba a caminar con el bastón aferrado en mi mano e intentar mantener la mirada alta. Lo único que conseguí fue desviarme para siempre del resto de mi vida.

Salí a la calle camino del Consistorio, que estaba al otro lado de la Avenida. Los guardias se miraron entre sí cuando me vieron llegar a hora tan intempestiva. Temía llamar la atención de algún empleado más concienzudo, debía actuar con celeridad antes de que sonaran las alarmas. Llegado a este punto no había posibilidad de marcha atrás, sería imposible una justificación. Bajé por

la escalera de caracol para llegar a los pasadizos subterráneos. El cuarto de guardia era lúgubre y se encontraba mal ventilado, no estaba habituado a aquella pestilencia, pero hice de tripas corazón.

—He de visitar a un preso —dije con toda la autoridad que pude reunir.

El centinela sabía perfectamente quién era yo. Asintió y abrió el pasillo en el que se alineaban las celdas. Aquellas pesadas puertas de madera y metal eran lo que me separaba de mi objetivo.

—¿A quién desea visitar su señoría?

No había rastro de curiosidad en él. Su única motivación era terminar el turno y salir de allí.

—A la mujer que trajeron ayer —le indiqué con la poca voz que el pánico me permitía.

Sacó un manojo de llaves roñosas, escogió una de ellas y la introdujo en una cerradura igual de oxidada. Le pedí que nos dejara a solas, momento que aproveché para enarcar una ceja sobre sus ojos acuosos. Y obedeció, volviendo al cuarto de guardia con pasos arrastrados.

Suspiré con alivio y entré en la celda. Ella estaba despierta, mirándome fijamente. No preguntó qué había de nuevo. La muy zorra me esperaba. Introduje la mano en el fajín y extraje una daga que captó la escasa luz del pasillo y la reflejó rasgando la oscuridad.

No movió un músculo. Ni por un momento había considerado la posibilidad de que alzara el arma contra ella. Se limitó a observarme con sus ojos hechiceros. En cambio, las ideas giraban en mi cabeza de forma vertiginosa hasta el punto de que ya casi no recordaba cuál era mi intención inicial. Su aplomo era fruto de ese poder que ejercía sobre mí y que me ataba a ella de un modo que no llegaba a comprender.

Me llevé un dedo a los labios y extendí una mano poco firme hacia ella. No aceptó mi ayuda para levantarse del catre piojoso sobre el que se sentaba. Hizo entonces un silencioso ademán, la muda invitación a que saliéramos de allí, y me siguió de manera natural. Supe que aquello sucedía porque ella así lo deseaba.

Ya en el puesto de guardia, el centinela se levantó y, al verla fuera del calabozo, comenzó a alarmarse hasta el punto de que posó con cautela su diestra en la empuñadura de la espada que colgaba de su costado.

Una extraña oscuridad veló mi visión como la capucha de un condenado. Cuando recuperé la vista, estaba abrazado al guardia con mi puño en su abultado estómago, y un líquido viscoso y repugnantemente cálido se derramaba sobre la empuñadura de mi daga.

Di un paso atrás, extrayendo así la hoja de su corpachón. Su rostro me miraba incrédulo desde su agonía. Cayó al suelo despacio.

Me llevé la mano a la cara con un gemido ahogado: lo había asesinado a sangre fría.

—No era necesario matarlo —fue todo lo que ella dijo con una indiferencia que calaba hondo—. Límpiame el rostro. Llevas la culpa pintada de rojo.

Solté el cuchillo. El tiempo había recuperado la cordura. Yo no. Seguía sin poder articular palabra ni encadenar pensamientos coherentes. Lo único que se movía era el bombeo salvaje en mi pecho, el corazón bajo una presión insostenible. Avaniera, impaciente, tomó un trapo de la mesa y me frotó la cara sin compasión.

Salí de la estancia sin mirar atrás y ascendí despreocupado la escalera de caracol. Los guardias que rondaban los pasillos del piso superior se limitaron a saludar sin entusiasmo. Antes de que me diera cuenta, la

luz de media mañana me obligó a entrecerrar los ojos. Nadie miraba en mi dirección, así que no resultó demasiado sospechoso.

Una voz cansina me sobresaltó.

—Supongo que has pensado en cómo salir de la ciudad. En poco tiempo tendremos a los esbirros del alcalde en nuestros talones.

—¿Has hecho esto muchas veces?

La pregunta era realmente estúpida. Ni así se inmutó.

—¿Matar centinelas? Tal vez.

Gruñí y la tomé de la mano, esta vez sin preguntar. No protestó. Sin embargo, al comprobar la dirección que tomábamos, la de la sede del Tribunal, estiró de tal forma mis dedos que pensé que me desencajaba la muñeca.

—Por todos los abismos, ¿no estarás pensando en serio meterte de cabeza en el Tribunal? —El tono de su voz denotaba incredulidad.

—Mi caballo...

Avaniera soltó un bufido. No tenía alternativa mejor, de modo que continué caminando. Adopté una pose altiva cuando entramos en las caballerizas e hice la señal acostumbrada al mozo para que preparara mi montura. El muchacho de ojos abotargados se dirigió con presteza hacia el establo para cumplir su cometido. No tardó mucho, aunque la espera se me hizo infinita. Estábamos demasiado expuestos a miradas desde las ventanas del Tribunal. Por fortuna, tal vez por la hora de la que se trataba, nadie se asomó a ellas.

En cuanto el caballo estuvo enjaezado, la ayudé a montar. Una vez en la grupa, pude sentir las curvas de su generoso cuerpo contra mi espalda. Era tal mi desasosiego que piqué espuelas y salí más deprisa de lo normal por la

puerta de caballerizas. Las campanas del Ayuntamiento comenzaron a repicar dando la alarma.

Pese a ser un excelente ejemplar, mi zaino no estaba acostumbrado a correr. Al poco de arrancar, giró y volvió al paso ordinario, así que tuve que recurrir a la fusta para hacer que reaccionara.

—Lo vas a reventar. Ponlo al trote y sal del camino principal, mejor aún si es campo a través —me ordenó con una calma de la que yo carecía.

Tuve que obedecer. Además, no sonaba descabellado y, de continuar como había comenzado, la persecución iba a durar poco. Cualquier ciudadano interrogado sería dichoso al narrar cómo el Censor había salido de la ciudad, a hora desacostumbrada, con una hermosa fugitiva a la espalda. No sería necesario exagerar.

Apenas había salido de Glastonbide y no conocía la red de calzadas y caminos. Opté por una senda con aspecto poco frecuentado. A pesar de todo, tenía la certeza de que nuestro rastro no sería difícil de seguir para la poco avezada Guardia Municipal.

—¡No llegaremos lejos! —grité histérico.

—Por una vez estamos de acuerdo, Censor —ella escupió mi perdido título con desprecio—. Gira a la derecha en el siguiente cruce.

Al pasar la encrucijada, me ordenó que parase. El caballo echaba espumarajos a punto de caer reventado. Una vez desmontados, acercó su boca a la oreja izquierda del animal, que apenas aleteó, como si le rondara un insecto molesto, palmeó sus cuartos traseros y él salió corriendo en un trote sostenido. Le deseé mentalmente buena suerte, pero me reservé una buena parte para nosotros. Para mí, en realidad.